



Renée Ferrer de Arréllaga



La sirena bondadosa

Cierta vez una sirena encontró entre el oleaje embravecido del mar a un pescador que se hundió con su barca y la pesada carga que llevaba. Era muy hermosa y tenía el rostro sonrosado por los blandos golpes de la espuma; plantas marinas habían prendido en sus cabellos como en un jardín flotante, llenándolos de flores; y su cola brillaba con destellos de plata bajo una capa de algas, que la envolvía deliciosamente entre sus pliegues.

El pescador, a pesar de la situación en que se encontraba, no pudo menos que fijarse en la hermosura de tan extraño ser, y distraído por un instante de sus esfuerzos casi se hunde irremediamente. Pero la sirena lo sostuvo entre sus brazos, salvándole la vida.

-Pescador, no temas -le dijo- ningún hombre que cae al mar y tiene la suerte de encontrar una sirena ha muerto. Veo que fuiste imprudente al pescar más de [48] lo que tu barca podía resistir. Te llevaré a un lugar donde verás que no eres el único que, poseído por la ambición, se olvida de la prudencia.

Lo llevó entonces al fondo del mar. El pescador, ya repuesto del susto y hechizado por la sirena, vio ante sus ojos un paisaje en todo diferente a cuantos había conocido antes. En el lecho del mar, junto a los restos de pasados naufragios, se veían muchos hombres en diversas actitudes. El pescador extrañado preguntó quiénes eran.

-Son hombres que como tú perdieron la cordura. Algunos se internaron demasiado en las aguas y no pudieron volver a la costa; otros entusiasmados con una buena pesca se perdieron en la noche chocando contra los arrecifes, y los demás se sumergieron para conocer la vida submarina sin acordarse de que los hombres no pueden vivir debajo del agua como los peces.

El pescador sintió mucha pena por ellos y comprendió su equivocación. Mientras recorría el reino de las sirenas se acordó de su casa, ubicada sobre una colina desde donde se divisaba el mar. Pensó en su esposa, seguramente desesperada por su tardanza, y en sus hijos que no tendrían nada que comer. Se dio cuenta de que daría todo cuanto poseía por recuperar su pasada felicidad. [49]

La sirenita, que tenía el don de leer el pensamiento, comprendió cuan arrepentido estaba y le dijo:

-Veo que estás preocupado por tu familia.

-Daría cualquier cosa por saber cómo están mis hijos. Si no vuelvo pronto quedarán en la indigencia -le respondió al borde de las lágrimas.

-No te preocupes, yo te llevaré a la costa si me prometes pescar con moderación de tal forma que nada te falte y nada te sobre.

Así se lo prometió el pescador y le preguntó sorprendido:

-Pero, ¿tú puedes salir del agua?

-Si salgo un ratito el Rey del Mar no se dará cuenta y no pasará nada, pero si me demoro demasiado perderé mi capa de algas y no podré retornar a la superficie nunca más. Salir del agua es lo único que tenemos prohibido las sirenas, pues el Rey del Mar teme que quedemos encalladas en la playa y no quiere perdernos.

-Ten cuidado, por favor -repuso el pescador, que le había tomado gran afecto- no quisiera que por mi culpa te pasara algo malo.

Después de decir estas palabras, abandonándose en sus brazos, se quedó dormido. [50]

A la semana siguiente el hombre amaneció tendido en la playa, empapado de pies a cabeza y con un resfrío tremendo. Al despertar volvió apresuradamente a su casa donde le contó a su mujer lo sucedido. Mucho le sorprendió ver sobre la mesa de la cocina una cesta con peces viboreando todavía.

Le preguntó a su esposa dónde la consiguió, y ella le contó que cada mañana, cuando iba con sus hijos a recoger caracoles a la playa para el almuerzo, una mujer muy bella,

con los cabellos salpicados de flores, salía del agua envuelta en una capa de algas y les alcanzaba esa cesta llena de peces.

El pescador reconoció por la descripción de su mujer a la dulce sirenita que le salvó la vida y emocionado volvió a buscarla a la orilla del mar.

Día tras día retornó al mismo sitio esperando encontrarla para darle las gracias por el precioso regalo que le hizo a su mujer, durante su ausencia, pero nunca volvió a verla.

Después de mucho tiempo, un pececito que pasaba montado en una ola le contó que la sirena había vuelto al fondo del mar, dejándole como recuerdo su capa de algas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario